Caen estos ídolos imaginarios, y el pueblo, sin preocuparse lo más mínimo, tal vez nunca sabrá que una crítica mató para siempre el prestigio de *su gran poeta*, de su gran novelista. Si este poeta, si ese novelista vivieran en el corazón de su pueblo, jamás crítica alguna hubiera bastado para arrancarlos de allí.

Esta es la razón por la cual los literatillos hispano-americanos lo que más temen es á la crítica, la discusión del prestigio que ellos se han forjado. Por eso recurren á la adulación, al elogio mutuo. Entre ellos se llaman artistas geniales, se cartean diariamente del modo más extraño; al que no ha escrito jamás en verso, un buen día lo llaman por carta el versificador más galano del Continente. El elogio por escrito es tan barato y tan en boga entre los literatuelos hispano-americanos, que basta cartearse con los *Dioses Mayores* de entre ellos para hacer una reputación.

Sí, estas reputaciones se apagan un año después que el escritor ha muerto y ha dejado de manchar papel.

Los ociosos intelectuales de Hispano América así lo comprenden. Por eso han formado una *Liga de elegidos*, que mutuamente se despedazan en privado, y se ponen por las nubes en presencia del público.

Esta liga de elegidos tiene el concepto más extraño del arte y del público, concepto arreglado de modo que se justifique la actitud de su vida en la sociedad que los alimenta y distrae. Esta liga se aisla, mira con el más profundo desprecio al campesino, al obrero. Divaga constantemente, los asuntos de sus trabajos va á buscarlos á cien leguas de distancia, vive en un país de luz y se muere por las brumas de Holanda ó de Noruega; pasan á su lado seres llenos de vida que aman y comprenden, que desean mejorar su corazón é inteligencia, que buscan ideas